

## VI.

El día siguiente que era domingo, Octavio permaneció en el lecho una hora más que de costumbre. Despertábase feliz, con esa lucidez que ofrecen las perezas matinales. ¿Para qué darse prisa? Su empleo en el almacén era de su gusto, poco á poco iba desprovinciándole, como él decía, y por añadidura abrigaba la profunda, la absoluta seguridad de que tarde ó temprano sería suya Mad. Hedouin, labrando su fortuna; pero era cuestión de prudencia, exigía aquella una larga táctica de galantería, en la que se complacía ya la voluptuosidad que despertaba en él la hermosa mitad del género humano. Adormeciéndose al trazar sus planes, al fijar seis meses de plazo á su conquista, la imagen de María Pichon acabó de calmar sus impacencias. Nada más cómodo que

una mujer como ella: no tenía que hacer más que alargar el brazo para cogerla, y por añadidura no le costaba un céntimo. Mientras caía la otra, no podía ciertamente pedir más. En su letargo, esta comodidad y esta baratura acabaron de enternecerlo, y representándose la buena y complaciente, se prometió portarse con ella en lo sucesivo mejor que hasta entonces.

— ¡Diantre! ¡las nueve! dijo al oír las campanadas del relój. ¡No hay más remedio que levantarse!

Caía una lluvia menuda, y resolvió no salir de casa. Comería con los Pichon á quienes había desairado muchas veces por miedo á los Vuillaume: esto halagaría á María y le proporcionaría ocasión de acariciarla detrás de alguna puerta. En su benevolencia, recordando que siempre pedía libros, se decidió á proporcionarle una sorpresa llevándole un paquete de libros que tenía en uno de los baules que había dejado en la guardilla. Cuando se vistió bajó á la portería para pedir á M. Gourd la llave de la guardilla que era de todos los inquilinos, y les servía para poner los trastos viejos.

A pesar de la humedad, hacía mucho calor en la escalera, y la escayola y la caoba de las puertas parecían veladas por el vapor

que subía. En el portal una mujer mal vestida, la tía Perou, á quien los porteros daban cuatro sueldos por hora para que limpiara el polvo y lavara los suelos, desempeñaba la última operación en el portal recibiendo el aire helado que soplaba desde el patio:

—¡Eh! tía vieja, frote V. eso con más vigor... ¡cuidado con que quede la menor mancha! gritaba M. Gourd muy arropado y de pié en el dintel de su porteria.

Al ver á Octavio le habló de aquella mujer con ese espíritu de dominación brutal, con esa rabiosa necesidad de vengarse que los antiguos criados experimentan al tratar á los que los sirven.

—Es una holgazana de la que no logro sacar partido, le dijo. Ya hubiera yo querido verla en casa del señor duque. ¡Allí todo el mundo tenía que andar derecho! No, pues lo que es sino me sirve como es debido la doy un puntapié... ¡Conmigo no hay que gastar bromas! Pero veamos M. Mouret, ¿qué es lo que V. desea?

El joven le pidió la llave, y entonces el portero sin apresurarse, continuó diciéndole que si él y su mujer hubieran querido, habrían podido irse á vivir como unos señores á su casa de Mort-la-ville; pero madame

Gourd adoraba á Paris á pesar de tener las piernas hinchadas, lo que le impedía llegar hasta la acera. Sólo esperaban redondear su situación, teniendo que contenerse cuando les asaltaba la idea de vivir de sus rentas ganadas céntimo tras céntimo.

—¡Todo es hasta que me harte! añadió irguiéndose. No trabajo para comer, y por lo tanto... Pero V. quería la llave de la guardilla, no es verdad M. Mouret. ¿Dónde está la llave de la guardilla, cara esposa?

Mad. Gourd, que estaba arrellanada en un sillón delante de la chimenea donde ardian dos leños, tomaba tranquilamente el café con leche en una taza de plata. A la pregunta de su consorte respondió que no sabía, que quizás estaría la llave en algún cajón de la cómoda. Y sin dejar de mojar los pedazos de tostada en el liquido, no apartaba la vista de la puerta de la escalera de servicio que se hallaba en un ángulo del patio.

—¡Ya está ahí! dijo de pronto al ver salir por ella á una mujer.

Acto continuo, M. Gourd se plantó delante de la porteria para detener á la mujer, que al verle acertó el paso mostrándose algo recelosa.

—La estamos acechando desde esta ma-

ñana, dijo á media voz dirigiéndose á Octavio. Ya puede V. figurarse lo que será... sale de casa del ebanista, el único obrero que habita en la casa á Dios gracias. Y lo que es si el dueño siguiera mi consejo, le despediría aunque se quedase vacante el cuarto de criados que habita por no necesitarle los vecinos. Por ciento treinta francos al año, no es cosa de consentir suciedades como esa...

Interrumpiéndose de pronto, preguntó con rudeza á la mujer:

—¿De donde viene V.?

—¡Toma! de arriba, dijo continuando su marcha.

Entonces el portero exclamó:

—Ha de saber V. que no toleramos que entren y salgan mujeres. Ya se lo hemos dicho al que la admite á V. en su cuarto. Si vuelve V. á pasar la noche aquí daré parte á la policía y veremos si se atreve V. á deshonrar una casa de tan buenas costumbres como ésta.

—Vaya V. á paseo, contestó la mujer con desenfado. Vengo á mi casa y vendré cuantas veces me dé la real gana.

Y se alejó perseguida por los aspavientos de indignación que hacia el portero al mismo tiempo que hablaba de ir á contarle al dueño lo que pasaba. ¡Habíase visto cosa

igual! una puerca como aquella, entrar en una casa como aquella en la que nadie consentía la menor inmoralidad. El cuarto del obrero era sin duda alguna cloaca, cuya vigilancia atacaba al estómago de M. Gourd.

—¿Si me hace V. el favor de la llave? insistió Octavio.

Pero el portero furioso al ver que un inquilino había presenciado aquella escena en la que su autoridad había quedado por los suelos, desahogó su furia con la pobre tía Perou queriendo demostrar que cuando quería sabía hacerse respetar. ¿Tenía el propósito de burlarse de él? una vez más había salpicado con el agua sucia la puerta de la portería. Si la pagaba de su bolsillo era para no mancharse las manos, y sin embargo se veía obligado á limpiar lo que ella ensuciaba. ¡Qué le llevase el diablo si volvía á hacerle la caridad de emplearla en su servicio, aun cuando se muriera de hambre! Sin rechistar, derregada por la fatiga de aquel rudo trabajo, la infeliz vieja continuaba frotando el suelo con sus escuálidos brazos, no atreviéndose ni siquiera á llorar, porque aquel hombre corpulento, en zapatillas y con gorro la infundía un terror respetuoso.

—Ahora recuerdo, querido mio, dijo madame Gourd sin moverse del sillón donde

pasaba el día calentando su cuerpo de buen año, ahora recuerdo donde está la llave. La guarde entre las camisas para que no la cojan las criadas y se pasen las horas muertas en la guardilla... Cógela y dácela á M. Mouret.

— ¡También son buenas maulas las tales criaditas! murmuró M. Gourd que conservaba de su lárigo período de servidumbre un odio singular á todos los domésticos. Tenga V., caballero, he aquí la llave y haga usted el favor de devolvérmela cuando no la necesite, porque si la deja V. puesta, se aprovecharán las fregonas para entregarse á todo género de inconveniencias.

Octavio, para no atravesar el patio, que estaba mojado, subió por la escalera principal, y al llegar al piso cuarto tomó la de servicio, pasando por la puerta que estaba al lado de su habitación. Arriba, un largo corredor se dividía en dos, formando ángulo recto. Sus paredes estaban pintadas de amarillo claro, con un zócalo de ocre oscuro. De trecho en trecho aparecían en él, con uniformidad, las puertas de los cuartos de los criados de la casa. Reinaba allí un frío glacial, y se aspiraba ese olor repugnante de las viviendas pobres.

La guardilla, situada en el ala derecha, daba al patio; pero Octavio, que no había

ido á ella más que una vez el día de su llegada, tomó el ala izquierda, y de pronto se detuvo, estupefacto, ante el espectáculo que descubrió en uno de los cuartos cuya puerta estaba entornada. Un caballero en mangas de camisa, se ponía una corbata blanca delante de un espejo pequeño.

— ¡Cómo! ¿V. aquí? dijo.

Era Troublot, el mismo Troublot, que se quedó, al verle y oírle, como petrificado. ¡Nadie solía subir á aquella hora, y la visita inesperada de su amigo le sorprendió! Octavio, que entró, le contemplaba en medio de aquel cuarto, sin más ajuar que una estrecha cama de hierro y un tócador, en el que se veía una palangana llena de agua sucia, en la que nadaban unos cuantos cabellos de mujer, y al ver aquel cuadro y al descubrir el frac negro junto á los delantales de cocina, no pudo menos de decir:

— ¿Según eso ha pasado V. la noche con la cocinera?

— No, no; respondió Troublot, asustado.

Pero comprendiendo que no habría quien se tragase aquella mentira se sonrió, y con su habitual aplomo:

— ¡Le choca á V., eh...! ¡Je...! ¡Je! añadió; pero le aseguro que es una guapa hembra.

Cuando comía en alguna casa solía hacer escapatorias á la cocina para manosear á las cocineras, y cuando alguna de ellas consentía en darle la llave de su cuarto, se despedía de los anfitriones antes de las doce y subía á esperarla pacientemente, sentado en un baul, con su frac negro y su corbata blanca. Al día siguiente, á cosa de las diez, bajaba por la escalera principal y pasaba por delante de los porteros, como si no volviera más que de hacer una simple visita á cualquier inquilino. Con tal de que llegase á tiempo á casa del agente á cuyo servicio estaba, su padre no le pedía cuenta de sus ausencias nocturnas. Por lo demás su ocupación era la Bolsa, desde las doce hasta las tres, así es que siempre llegaba á tiempo.

Algunos días de fiesta los pasaba enteritos en alguna cama de doméstica, feliz y olvidado de todo, sobre las grasientas almohadas.

—No comprendo, cómo V., que algún día será rico, hace esto, añadió Octavio, al mismo tiempo que su rostro expresaba el disgusto que le producía aquella escena.

—Amigo mio, V. no sabe de la misa la media, contestó Troublot.

Y á seguida hizo el elogio de Julia, una burguesa de cuarenta años, buena moza,

picada de viruelas; pero de unas formas admirables. Si hubiera sido posible desnudar á todas las señoras que llenaban la noche anterior el salón de Duveyrier, no se hubieran hallado, según él, más que flautas, en tanto que la cocinera... Vamos, que ninguna de ellas servía para descalzarla. Por otra parte era una mujer juiciosa y apanada: para demostrárselo abrió unos cajones y le enseñó un sombrero, alhajas, camisas con encajes, escamoteadas á su ama sin duda alguna; pero de todos modos aquellos objetos ponían en evidencia su distinción y su buen gusto. Octavio examinó el cuarto y vió, en efecto cierta coquetería, en cuanto que en él había cajas de cartón con filetes dorados encima de la cómoda, una cortina de Persia cubriendo los vestidos y enaguas que colgaban de la percha; en una palabra, todos los accesorios de una cocinera, con aires de gran señora.

—Respecto de ésta, añadió Troublot, no hay para qué ocultarlo... Vale la pena de comprometerse. ¡Si todas fueran como ella!

En aquel momento se oyó ruido en la escalera de servicio. Era Adela que iba á su cuarto á lavarse las orejas, porque Mad. Josseland la había prohibido terminantemente que tocara la carne antes de restregárselas

con jabón y estropajo. Troublot alargó el oído y la reconoció.

—Cierre V. la puerta en seguida y no hable V. una palabra, dijo á Octavio.

Prosiguió aplicando el oído y oyó el taconeo de la doméstica en el corredor.

—¿También tiene V. algo que ver con esa? preguntó Octavio al ver su turbación.

Troublot no se atrevió á decirle la verdad.

—¿Quiere V. callar? murmuró. Había yo de mancharme con semejante puerca. ¿Por quién me toma V.?

Los dos se sentaron en el borde de la cama y permanecieron silenciosos hasta que la sucia de Adela se lavó, operación en la que tardó un cuarto de hora lo menos. Desde donde estaban oían el ruido que hacía con el agua.

—Entre este cuarto y el suyo hay otro, dijo Troublot, en él habita un obrero que apesta el corredor, con sus maldecidas sopas de ajo. Esta mañana, sin ir más lejos, me levantó el estómago... Ya se ve, en todas estas casas nuevas los tabiques parecen de papel. No comprendo á los caseros. Su codicia es hasta inmoral... apenas puede uno moverse en la cama sin que lo oiga el vecino de al lado. Por lo menos no me niegue V. que eso es molesto.

Cuando Adela se fué recobró su serenidad, acabó de acicalarse y hasta se sirvió de la pomada y los peines de Julia. Octavio le habló de que iba á la guardilla y se empeñó en guiarle, asegurando que conocía todos los rincones de la casa. Al pasar por el corredor indicó los cuartos de los domésticos, nombrándoles con familiaridad. Al lado de Adela se hospedaba Lisa, la doncella de los Campardon, una hipocritilla que tenía sus trapisondas fuera de casa. En el cuarto inmediato dormía Victoria la cocinera, un ballenato, sesenta años cumplidos; la única que respetaba. A continuación estaba el cuarto de Francisca, que había entrado el día anterior al servicio de Valeria, y cuyo baul no permanecía seguramente al lado de la cama, porque pasaban á galope todas sus criadas no más de veinticuatro horas. Tanto variaba, dijo, que era necesario informarse bien de quién era la que iba á dormir en aquel cuarto, antes de subir á esperarla, porque era fácil una equivocación. Después habló de un matrimonio tranquilo que servía á los del segundo, de un cochero de los mismos, más listo que Brijan, y que por lo mismo parecía inspirarle cierta envidia; cuando aseguró que todas las noches solía variar de cuarto.

Siguiendo la revista habló de Clemencia, la doncella de Mad. Duveyrier, quien su vecino Hipólito, el ayuda de cámara de la misma casa, visitaba maritalmente todas las noches, y de Luisita, una chica de quince años que amaestraba en el servicio madama Juzeur; que seguramente debía oír buenas cosas á las altas horas de la noche, sobre todo si tenía el sueño ligero.

—Querido mio, no cierre V. la puerta, dijo á Octavio, cuando le ayudó á sacar los libros del baul de la guardilla, no la cierre V., hágame V. ese favor. Estando abierta es lo más fácil del mundo esconderse en ella para esperar las ocasiones.

Octavio consintió en defraudar la confianza que había hecho en él M. Gourd, y volvió con Troublot al cuarto de Julia á buscar el sobretodo, que se había olvidado de tomar el adorador de las fregonas. Después notó que también le faltaban los guantes, y se puso á buscarlos. Al efecto removió los vestidos y las enaguas, agitó la colcha y las sábanas de la cama, produciendo tal olor, que Octavio, no pudiendo resistirlo abrió la ventana. Daba ésta al patio interior, que, como ya sabemos, ponía en comunicación todas las cocinas, y exhalaba un hedor irresistible. Al acercarse á ellas, las voces que

resonaron le hicieron retirarse vivamente.

—¡La charlatanería matinal! dijo Troublot, tendido sobre la cama y buscando sus guantes entre la pared y el colchón. Escuche V. y verá lo que es bueno.

Lisa estaba asomada y hablaba con Julia, que aparecía en la ventana correspondiente al piso principal.

—¿Con que por lo visto de esta hecha le ha pescado? decía la primera á la segunda.

—Así parece, respondió Julia mirando hacia arriba. Ya sabe V., la chica le cogió por su cuenta y no le dejó de la mano. Yo creo que no les falta nada más que... ¡pues! Hipólito, que los vió, sintió tal asco, que por poco tiene una indigestión.

—Ya tendrían que hablar si alguna de nosotras hiciera la cuarta parte siquiera, añadió Lisa.

Desapareció un instante para tomar una taza de caldo, que Victoria le ofreció. Las dos se entendían perfectamente, tapándose la una á la otra: la doncella ocultando la afición al vino de la cocinera y ésta facilitando á la doncella las salidas á la calle, de donde volvía siempre medio muerta, toda derrengada y con unas ojeras espantosas.

—¡Ay! hijas mias, murmuró Victoria asomándose á la ventana con Lisa... Vos-

otras sois aún jóvenes. ¡Cuando hayáis visto lo que yo, ya me lo diréis! En casa del viejo Campardon, donde yo estuve antes de servir á su hijo, mi amo, había una jovencita sobrina suya, que no hacía más que acercarse á la puerta de los cuartos de los hombres, para mirar por el ojo de las cerraduras.

—¡Bonita educación! exclamó Julia indignada y con aires de gran señora. Lo que es yo, la verdad, si hubiera estado en el lugar de la pequeña del piso cuarto, con sólo que me hubiera tocado M. Augusto al pelo de la ropa, le sacudo una bofetada que se chupa los dedos. ¡Así como así el mozo es apetitoso!

Al oír esto una risa aguda salió de la ventana de la cocina de Mad. Juzeur. Lisa, que estaba enfrente, observó y descubría á Luisa, que con sus precoces quince años, se gozaba en escuchar las conversaciones de las otras criadas.

—Esa chiquilla, dijo, se pasa todo el día espiándonos. Al diablo se le ocurre traer á una mocosa como esa. Si sigue así nos vamos á ver condenadas á no poder despegar los labios.

El ruido de una ventana que se abrió de pronto las puso en fuga á todas.

Hubo un profundo silencio; pero al fin se arriesgaron á asomarse de nuevo, preguntándose unas á otras, qué había sido aquello. Sospechaban que Valeria ó Mad. Josserand habían querido sorprenderlas.

—¡No hay cuidado! dijo Lisa. Están todos bañándose. Su cutis les interesa demasiado para que vengan á fastidiarnos. Éste es el único momento del día en que nos dejan respirar.

—¿Es decir que las cosas siguen lo mismo en su casa de V.? preguntó Julia, al mismo tiempo que pelaba una zanahoria.

—Siempre lo mismo, respondió Victoria. Es cosa perdida. Se cerró la puerta con llave y con cerrojo.

Las otras se rieron al oír aquellas frases, que explicaban la situación de una de las amas.

—¿Y entonces qué diablos es lo que hace el arquitecto?

—Toma, se divierte con la prima.

Esta respuesta fué acogida con una carcajada. Acto continuo vieron en la ventana de casa de Valeria á Francisca, que fué la que, poco antes, hizo el ruido que las asustó. Todas la saludaron cortesmente.

—¡Ah! ¿Es V.?

—Sí, señoras, contestó: estoy procurando



instalarme; pero esta cocina es tan asquerosa.

Después continuaron los informes.

—Daré V. pruebas de sufrida si permanece V. en esa casa. La anterior tenía los brazos molidos con el chico, siempre en brazos, y la señora la fastidiaba tanto, que hasta la oíamos llorar á menudo.

—No le sucederá lo mismo conmigo. De todos modos doy á ustedes gracias por la advertencia.

—¿Dónde está su ama de V.? preguntó Victoria.

—Ha salido, creo que va á almorzar en casa de una amiga.

Lisa y Julia cambiaron una mirada maliciosa. Las dos conocían á la tal amiga. ¡Valiente mentira! Harto sabían qué clase de almuerzos eran aquellos; y no compadecían al marido, antes, por el contrario, lo tenía bien empleado; pero era una vergüenza que una mujer no se condujera mejor.

—Ahí está la espesa, dijo Lisa, viendo á la criada de los Jossierand.

Todas fijaron su atención en ella y comenzaron á llenarla de improperios, porque era el hazme reir y la victima de todas sus compañeras.

—¡Hoy al menos se ha lavado! dijo una.

—Como vuelva á echar las tripas de los pescados al patio, yo voy á ser quien me encargue de sacarla lustre en la cara, dijo otra.

—¡Anda, sucia, hija de cura! Miradla, cuando come se la queda en los dientes alimento lo menos para una semana.

Adela las miraba espantada, sin saber qué decir. Al fin se cargó.

—¡Dejadme en paz, dijo, ú os bautizo!

Los gritos y las carcajadas redoblaron.

—Tu señorita ha pescado novio anoche. Sin duda eres tú quien la enseña á coger á los hombres por el ronزال.

—¡Callad! ¡Callad! que es lo más bestia que me he echado á la cara. ¡Pues no vive en una casa en la que no se come! Me da rabia contra ella... No seas animal... mándalos á paseo.

Los ojos de Adela se llenaron de lágrimas.

—No sabéis decir más que tonterías, balbuceó entre sollozos. Si no como, no es por culpa mía.

La conversación continuó con mayor grosería, Lisa increpaba á Francisca que salía á la defensa de Adela, cuando ésta, olvidando las injurias de que era blanco y obedeciendo al instinto de clase, gritó:

—Silencio... ¡mi ama!

Todo quedó en silencio, cada cual se metió en su cocina y no subió del patio más que el olor nauseabundo de siempre, algo así como las basuras ocultas de las familias que habitaban la casa removidas por el odio de los domésticos. Aquello era el albañal de la casa que recogía las vergüenzas mientras que los amos se acicalaban y la escalera principal daba solemnidad á las habitaciones. Octavio recordó al asistir á aquellas escenas de las criadas, lo que vió cuando al enseñarle su casa Campardon lo introdujo de pronto en la cocina.

— ¡Son buenas alhajas! dijo sencillamente.

Y se asomó al patio sintiéndose indignado contra sí mismo por no haber comprendido desde luego á través de la escayola, los dorados y la caoba de la escalera, las miserias que encerraba la casa.

— ¿Pero en donde diablos estarán? murmuraba Troublot que habia registrado hasta la mesa de noche para buscar sus guantes.

Al fin los encontró á los piés de la cama, entre las sábanas, arrugados y calentitos todavía. Por última vez, se miró al espejo, fué á esconder la llave del cuarto en el paraje convenido debajo de un viejo aparador que habia dejado por inservible un antiguo in-

quilino y bajó con Octavio. Después de pasar por delante de la puerta de los Josserand recuperó todo su aplomo, abrochándose hasta arriba el abrigo para ocultar el frac y la corbata.

— Hasta la vista amigo mío, dijo esforzando la voz. Estaba intranquilo y he venido á saber cómo han pasado la noche esas señoras... ya sé que han dormido perfectamente... ¡Con que, adiós!

Octavio contestó con una sonrisa, y después viendo que se acercaba la hora de almorzar, resolvió no bajar á la portería hasta después. Durante el almuerzo en casa de los Campardon, observó atentamente á Lisa que servía la mesa. Nada en ella recordaba la grosera sirvienta que poco antes se habia mostrado tal cual era desde la ventana de la cocina. Su instinto respecto de las mujeres no le habia engañado al juzgarla; pero Mad. Campardon continuaba entusiasmada con ella, admirándose de lo fiel que era y lo era en efecto, porque su flaco era de otro género. Además, era sumamente bondadosa con Angela, y su madre confiaba absolutamente en su moralidad.

Precisamente desapareció la niña á los postres, y se la oyó reir en la cocina. Octavio se atrevió á hacer esta reflexión: